

III Premio Ripley

Relatos de ciencia ficción y terror
para escritoras

Cuando desde Portaldeescritor y Triskel Ediciones convocamos esta tercera edición del Premio Ripley, decidimos pedirles a las autoras que en cada relato apareciera uno de estos países: Islandia, Japón, Senegal o México, siendo Islandia la clara predilecta. Por otro lado, nos ha supuesto una gran alegría volver a contar con un jurado y una prologuista de tantísimo nivel. Queremos dar las gracias a Ana Roux, ganadora del segundo premio en la pasada edición, a la editora de Crononauta Elena Lozano, a la escritora y directora de la web *NG-3660* Pily Barba y a las redactoras de la web *Libros Prohibidos* Ana Casanova y Sara Terrero, todas ellas integrantes del jurado de esta edición. Y, por supuesto, a Lola Robles, porque es todo un lujo, tras contar para las pasadas ediciones con Elia Barceló y Pilar Pedraza, que el prólogo de este año venga de ella, una pionera de la ciencia ficción en España.

Y, por último, queremos agradecer a esas 248 escritoras por hacer de este certamen una muestra, simbólica pero muy significativa, de todo lo que hay por descubrir. Porque, aunque aún queda camino por recorrer y trabajo por hacer, sin duda es una gran noticia ver como estos géneros, finalmente, se pueblan de nombres de autoras que han venido para quedarse.

ÍNDICE

Prólogo, de <i>Lola Robles</i>	11
Glaciar, de <i>Marina González</i>	17
La semana de la revolución, de <i>Ana Castany</i>	27
Volver a Dakar, de <i>Rosario Cosano Vázquez</i>	45
Cuando renazca el alcaudón, de <i>Laura Tejada</i>	59
Hija del río, de <i>Aitziber Saldias</i>	75
¿Dónde está todo el mundo?, de <i>Núria Solanellas</i>	89
No hay más datos, de <i>Elena Suau de Castro</i>	109
Objetos perdidos en el espacio, de <i>Laura Martín Morales</i>	121
Ruth 6, de <i>Virginia Buedo Roderó</i>	139
Dulzón, de <i>Matt D. McGregor</i>	155
Necromancia por silicio, de <i>Begoña Robledo</i>	173
La legión de los trascendentales, de <i>Deborah Heredia</i>	183
Anulada, de <i>Yaiza Carrasco</i>	199

PRÓLOGO

Lola Robles

Me gusta leer. Desde niña. Según decía mi madre, yo le pedía a mi abuelo materno que me contara una y otra vez el mismo cuento, *La hija del pescador*. Después, empecé a leer tebeos, lo que hoy llamamos “cómic”. Mi preferido era el *Pulgarcito*, que traía dentro, por episodios, novelas clásicas ilustradas, que también podían comprarse completas, editadas por Bruguera. Esta editorial sacaba asimismo una colección de libros que, además del texto de la novela, añadía viñetas con la misma historia, para facilitar la lectura. Los volúmenes estaban forrados con un papel satinado con preciosas portadas de colores muy vivos. En el canto aparecían los rostros de los protagonistas, dibujados también. Gracias a estos volúmenes, fui conociendo las grandes obras de la literatura universal. Lo que más feliz me hacía era que me regalaran aquellos libros. Ahorraba para comprar otros, igual que conseguía que mi madre me diera semanalmente las pesetas necesarias para tener mi nueva entrega de El Jabato, que me gustaba más que el Capitán Trueno. Leí a Charles Dickens, a los Dumas, a Edmundo D’Amicis, a Harriet Beecher Stowe, y por supuesto, a Emilio

Salgari y a Julio Verne, mis favoritos. Era una época no globalizada, de televisión en blanco y negro (en mi casa sólo podíamos ver un canal), con teléfonos fijos y nada de ordenadores, *tablets* ni móviles. Pero nuestro mundo, la Tierra, aún tenía lugares desconocidos y fascinantes sobre los que escribir: en África, en el lejano Oriente, en las Américas, Siberia, las altas montañas, los polos, los desiertos, el océano. Me bastaba con oír los títulos de aquellas obras para quedarme maravillada: *Los tigres de Mompracem*, *Las minas del Rey Salomón*, *El corsario negro*, *Tarzán de los monos*, *Un invierno entre los hielos*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*... Cuando cerraba el libro, me ponía a escenificar por la casa aquellas aventuras, recreándolas en otras que inventaba yo.

Mi gusto por la ciencia ficción llegó más tarde, cuando estudiaba Filología hispánica en la universidad. Estaba trabajando, además, como voluntaria en la Biblioteca de Mujeres de Madrid y allí empecé a hacer una bibliografía sobre escritoras de ciencia ficción, tanto extranjeras como españolas, traducidas y publicadas en España. Me fui especializando en investigar y visibilizar a las autoras españolas del género y, a la vez, escribí también mis propias narraciones. Fue el momento de leer a las grandes escritoras anglosajonas como Ursula K. Le Guin, Joanna Russ, James Tiptree Jr., Octavia Butler o Sheri Tepper. Y, en castellano, a la argentina Angélica Gorodischer, la cubana Daína Chaviano y nuestra magnífica Elia Barceló. Pero no había tantas autoras españolas que se dedicaran a la ciencia ficción como en el caso de las anglosajonas. Me parecía una pena, al tratarse de un género con enormes posibilidades. Y es que, una vez conocido nuestro planeta, la imaginación humana y su gusto por lo desconocido miró hacia las estrellas, preguntándose qué otros mundos habitados habría allí y cómo sería contactar con ellos. Pero la ciencia ficción también ha tenido mucho que decir sobre nuestro propio mundo, su sociedad

y su futuro, y ha hablado desde la mirada crítica más corrosiva, pero igualmente presentando alternativas a esa realidad demasiado conocida. Esto último era ideal para las escritoras de ciencia ficción con ideas feministas. Podían soñar otra sociedad, más igualitaria o completamente distinta a todos los niveles.

Aunque reconozco que soy miedosa y no frecuento mucho el terror, sobre todo las películas, también leí literatura fantástica no en exceso terrorífica, lo que me sirvió para descubrir a grandes creadoras como Cristina Pérez cubas, Pilar Pedraza, Angela Carter o Tanith Lee.

En este nuevo siglo XXI, el panorama ha cambiado por completo para las autoras en general y, en especial, para las que se dedican a los géneros no realistas, porque su número ha aumentado notablemente. Y hay muchas más lectoras que gustan de este tipo de ficciones. Proyectos como esta antología, que publica a las ganadoras y finalistas del Premio Ripley, o también la convocatoria y antología Alucinadas, dirigidas a narradoras, llamándolas a enviar sus relatos de ciencia ficción, fantasía y terror, han sido fundamentales para el cambio que se ha dado en España, sobre todo a partir de la segunda década del siglo XX. Dentro de unos años comprenderemos la importancia de estos trabajos de fomento de la escritura y visibilidad de las obras creadas por mujeres. El Premio Ripley ha sido una iniciativa, me parece importante recordarlo, de la escritora y directora de Portaldeescritor Diana P. Morales y de los editores de Triskel, Pablo Campos y Rafael Velis.

Para mí es un gusto prologar ni más ni menos que el tercer volumen de los Premios Ripley, todo un honor teniendo en cuenta, además, que las anteriores prologuistas fueron mis admiradas Elia Barceló y Pilar Pedraza. Agradezco mucho la oportunidad de haber podido leer en primicia los trece relatos de esta nueva antología, y de presentarlos. Me gusta compartir lecturas valiosas. Y

hay algo que me satisface especialmente en este caso: el que algunos de los nombres de estas autoras me resulten desconocidos. Eso quiere decir que cada vez hay más firmas nuevas, quizás creadoras que incursionan por vez primera en estos géneros. Se trata de una cantera imprescindible. Quizás, en algún momento, hubo prejuicios, muy infundados por cierto, contra este tipo de ficciones no realistas. Afortunadamente, están desapareciendo. Las autoras se atreven con la ciencia ficción, porque saben que no se dedica únicamente a lo científico y tecnológico, sino también a lo social, lingüístico, biológico, etc., y no tienen miedo del gótico, un género que nos ha permitido, a las mujeres, expresar muchas de nuestras situaciones personales y colectivas más indeseadas e indeseables.

Entre estos relatos abundan las historias distópicas donde la ciencia ficción se hibrida con el terror. Futuros siniestros, oscuros, pesimistas; monstruos y abominaciones.

El cuento ganador del premio ha sido *Glaciar* de Marina González Quintana. Aborda el tema del cambio climático, una referencia inevitable en la actualidad. Pese a lo intenso de su distopía, importa señalar que abre una puerta a la esperanza.

El segundo premio lo ganó Yaiza Carrasco con *Anulada*, que nos hace una propuesta muy interesante, la cual puede considerarse, en mi opinión, como ciencia ficción de perspectiva feminista. Es importante dejar claro que las mujeres no tenemos por qué rechazar algunos sentimientos supuestamente negativos, pero importantes para nuestra supervivencia.

Entre los otros once cuentos finalistas hay variedad de temas, aunque, como ya he dicho, sea frecuente que las historias futuristas se mezclen con el terror: *Cuando renazca el Alcaudón*, de Laura Tejada, homenaje a la novela *Hyperion*, de Dan Simmons, consigue un clima muy angustioso, muy bien creado; *Objetos perdidos en el espacio*, de Laura Martín Morales, es una terrorífica

historia de exploración espacial con muchas sorpresas inquietantes; *La legión de los trascendentes*, de Deborah Heredia, tiene un contenido filosófico importante, y aborda la cuestión de la trascendencia no sólo del ser humano sino también la posible humanidad de las inteligencias artificiales; *La semana de la revolución*, de Ana Castany, de nuevo nos enfrenta a una perturbadora atmósfera y nos introduce en una obsesión llena de desasosiego; y *No hay más datos*, de Elena Suau de Castro, explora los peligros del control cibernético sobre nuestras vidas, peligros a los que todos estamos expuestos.

Algunas narraciones optan claramente por el fantástico, como *Hija del río*, de Aitziber Saldias, cuya técnica narrativa refleja el caos en que se puede convertir una mente que pierde su individualidad al sumergirse en una entidad colectiva, con la promesa de la salud y la salvación; *Dulzón*, de Matt D. McGregor, historia de amor, obsesión y muerte muy agobiante, tal como creo pretendía la autora; y *Volver a Dakar*, de Rosario Cosano Vázquez, que nos presenta una situación muy real, el viaje de unas emigrantes africanas hasta Europa, esclavizadas y amenazadas con prácticas de vudú, además de con la más directa violencia física.

También podemos encontrar otros cuentos sólo de ciencia ficción, como el muy divertido *¿Dónde está todo el mundo?*, de Núria Solanellas, texto que da una genial vuelta de tuerca al tema de la existencia o no existencia de los extraterrestres y lo resuelve muy bien; *Necromancia por silicio*, de Begoña Robledo, que trata con una buena profundidad psicológica una historia de amor poshumana, y el deseo de permanencia y trascendencia que puede surgir en las criaturas artificiales; y *Ruth 6*, de Virginia Buedo Rodero, una sólida historia sobre los *reality shows*, que también subvierte la mirada más común de las diferencias entre seres humanos y artificiales. Nos acercamos a una edad poshumanista, está claro.

En este comienzo del siglo XXI, el siglo que soñó la ciencia ficción del XIX y XX, ha habido grandes cambios científicos, tecnológicos y sociales. Han tenido consecuencias en la literatura y en la vida de todos, en especial de las mujeres. Ahora, por ejemplo, existen las ediciones digitales y los audiolibros, muy útiles para quienes tenemos una casa pequeña y problemas de visión. Subsiste, desde luego, el libro tradicional en papel. Hay bastantes más opciones que antes para publicar. Hay muchas más mujeres escribiendo en todos los géneros, por lo que vamos camino hacia la normalización y la paridad. En ese sentido, soy muy optimista, aunque todavía quede camino que hacer, y a pesar de los tiempos que corren. Iniciativas como el Premio Ripley han sido muy importantes. Quiero aprovechar esta ocasión para darles las gracias. Me gustaría también animar a las autoras a que continúen escribiendo cualquier tipo de ficción y que lo hagan con las buenas ideas, el amor y el cuidado estilo que el público lector va a encontrar en los cuentos de este libro.

GLACIAR (Relato ganador)
(Islandia)
Marina González

Las cosas bellas son simples porque son bellas y son bellas porque son simples

Lola se asomó al fondo del cráter del volcán y sintió vértigo. No se le pasó por la cabeza saltar. Retrocedió unos pasos y empezó la caminata de descenso por la ladera. Buscó con la mirada a Eva, la guía, y a sus seis compañeros de viaje, los que quedaban —en el aeropuerto de Madrid habían empezado doce—. Mientras Lola bajaba, algunos frailecillos que se habían trasladado al interior de la isla para protegerse de la subida del nivel del mar, trazaban vuelos demasiado cortos en el cielo despejado. Quien no conociera a estas aves diría que era por falta de fuerzas o por el aumento de las temperaturas. Todos se sentían agotados. Todo el planeta, quiero decir.

La aventura a Islandia con la agencia *Step to Heaven* estaba casi terminando. «*A trip to the top*», decía su eslogan. A Lola le asignaron el *tour* «vikingos y volcanes» en Islandia. Esta y otras agencias parecidas habían proliferado en los últimos meses, cuando los más optimistas le daban apenas dos años y medio de vida al mundo habitable.

Lola descendía con facilidad por la ladera del volcán cargando una mochila que apenas le pesaba: algo de abrigo, un par de mudas,

unos guantes, su bufanda roja. Poco más. La caminata transcurría en silencio salvo por el viento que de cuando en cuando agitaba con fuerza la poca vegetación que había y por el sonido de sus propias pisadas sobre la piedra volcánica. Los compañeros apenas hablaban entre ellos. No se conocían y no debían establecer vínculos personales. «Nada de nombres», señalaban específicamente las condiciones de la agencia.

Desde allí arriba, Lola podía ver el agua burbujeando en las fumarolas y el vapor dibujando una bruma en la superficie que cambiaba de posición según las ráfagas de viento. El agua desde la lejanía tenía belleza. Lola se acordó de la gran catarata que vieron el día que llegaron. Y del arco iris que la atravesaba. Y del chico joven con gafas que fue el primero en *marcharse*. El agua cayendo de la catarata podía ser un lugar paradisíaco si se miraba desde lejos. Pero él quiso acercarse. Y lo hizo.

—Dejémosle intimidad —dijo Eva al grupo entonces.

Y Lola y el resto se giraron y continuaron su ruta. Eso había ocurrido hacía ya seis días. Y desde entonces Lola dudaba de si en ese viaje se buscaba encontrar la paz en la belleza natural o era simplemente resignación maquillada de espiritualidad.

Pero lo que Lola tenía claro era que volver a España carecía de sentido. Nadie la esperaba allí. Sus padres habían desaparecido hacía unos años. Insuficiencia respiratoria. Falta de alimentación. «Demasiado han aguantado casi sin comer», dijo la médica. A Lola no le extrañó, apenas podía alimentarse ella misma. Los cultivos no crecían. Cactus, su perra, había huido asustada hacía unos meses después de unas tormentas eléctricas muy comunes últimamente. El tiempo era impredecible y las reacciones de los seres humanos también. Algunos de sus amigos estaban de viaje como ella. Otros, simplemente, habían desaparecido como sus padres. No le quedaba nadie a su alrededor y la idea de tener descendencia no era ni siquiera una opción.

El fin del mundo se había sincronizado con la infertilidad de las mujeres. Qué lista era la propia naturaleza que ya intuía que la Tierra iba a ser inhabitable. No fuera a ser que cuando llegara el fin hubiera una sobrepoblación. Qué harían con tanto cadáver a la vez. Bueno, no habría nadie para hacer nada, pero habría colapso en el cielo, en el infierno y en el *valhalla* vikingo. Colas para entrar y el portero diciendo:

—Eh, es culpa vuestra esto del fin del mundo, así que calladitos y a la fila.

Así que, quizás por eso, la gente se iba muriendo poco a poco. Involuntaria o voluntariamente. Muriendo o *marchándose*. No era fácil saber cómo ibas a reaccionar. Ahora aquellos paisajes le estaban devolviendo a Lola algo de ilusión. No era precisamente el objetivo de esos viajes.

Lola llegó a la zona más baja de la ladera del volcán y se reunió con sus compañeros de ruta que, casi obligados, lanzaban a Eva algunas excusas: «No me convencía el sitio»; «había demasiada gente» o «no sentí una conexión especial». Lola volvió a contar a sus compañeros. Alguien se había quedado en el volcán. Tuvo que concentrarse para acordarse de que faltaba la chica de la mochila verde. Llevaba un llavero colgado con la foto de algún ser querido en un marco naranja. Aun así, el grupo parecía descontento. Eva intentó calmarlos.

—Podemos cambiar el destino, no estamos *conectando con la naturaleza del todo*. Sé que es duro. A estas alturas suelen quedar una o dos personas. Alguno también elige volverse. Podríamos hacer un cambio en la ruta —dijo Eva.

El grupo estuvo de acuerdo y fueron directos al aeropuerto de Keflavik al sur de Reikiavik. Eva gestionó todo. Irían a Groenlandia. Hace algunos años esos viajes costaban un dineral, pero ahora

todo estaba subvencionado: vuelos, hoteles, la poca comida que quedaba. Tras varias manifestaciones y presiones populares, y pese a la oposición desde los sectores más conservadores y religiosos, los gobiernos de casi todos los países firmaron un acuerdo obligando a muchas empresas a ceder parte de su actividad para estas agencias, configurándolas como un servicio público igual que la sanidad o la educación. No eran buenos tiempos para hacer negocios.

El trayecto hasta el aeropuerto de Narsarsuaq, al sur de la isla, apenas duraba un par de horas. Sólo iban ellos y dos habitantes de la isla en el avión.

Lola se sentó en la ventanilla al lado de una mujer de pelo gris y grandes pendientes dorados que viajaba con el grupo. El avión no tardó en despegar. Hacía tiempo que había perdido el miedo a volar. Más bien hacía tiempo que había perdido simplemente el miedo.

—Si se estrella, matamos dos pájaros de un tiro —dijo la mujer como leyéndole el pensamiento a Lola, que se limitó a sonreír levemente y a mirar por la ventanilla.

Al cabo de un tiempo, el océano azul dejó paso a una capa blanca bastante uniforme. Al principio a Lola le extrañó que fueran nubes, demasiado blancas para tanta contaminación, pero luego entendió que era el *indlandsis*, una de las mayores capas de hielo que todavía quedaban en el planeta. Era blanco. Absolutamente blanco. E inmenso.

De pronto, durante un instante, no quiso que el avión se estrelara. No sabía que aún quedasen paisajes así por los que asombrarse.

Sabía que, a modo de ritual, su muerte tenía que sentirla. Igual que había sentido la vida —y en algún momento la sintió, como cuando Cactus la saludaba cuando volvía a casa o cuando creyó estar embarazada.

—No se lo digas a nadie —le dijo su madre pocas semanas antes de morir.

Al cabo de los dos meses le bajó la regla. Los predictores ya no se vendían. ¿Quién se atrevería a traer niños al mundo? Fue entonces cuando tomó la decisión de *marcharse* y empezó a buscar agencias. Antes, lo había intentado con otras empresas en Sudamérica, en el sudeste asiático y en París. El ambiente había sido desolador. Monumentos derruidos. Enfermos viviendo en la calle. Desesperados. Y un tráfico de armas o «pastillas del más allá» que ponían fin a la vida de manera cruel e insulsa. Tras esos intentos fallidos se acordó de su amigo Carlos, que se fue con la agencia *Step to Heaven* y no volvió. Por eso Lola supo que esa agencia era buena. Rellenó la solicitud de admisión con sus datos: su propósito, sus gustos y sus rasgos personales. Adjuntó una foto y le buscaron un viaje a su medida, para que todo fuera más fácil. Tardaron casi siete meses en asignarle uno. Había mucha demanda. No había podido hacerlo en lo alto de la Torre Eiffel o en las profundidades del río Amazonas. Pero eso, eso tan blanco, tan inmenso. Eso sí que la había impresionado.

El aterrizaje fue espectacular, bordeando el gigante glaciar con aquel avión tan pequeño. Al salir del aeropuerto, Lola pudo ver más de cerca esas montañas cubiertas de hielo, y en el fiordo, en el agua líquida, decenas de estatuas azules, de cientos de tonos azules que jamás había visto antes, descansaban esculpidas como un museo al aire libre. Los icebergs dibujaban un paisaje esperanzador.

Una barca los esperaba para hacer la primera excursión.

—Subiremos al glaciar Qaleraliq —dijo Eva—. Abrigaos, aún hay sitios en el mundo donde hace frío.

Lola abrió su mochila, sacó su abrigo impermeable y se enfundó en su bufanda roja que apenas había usado en Islandia.

—Este es Inuk, nos llevará hasta allí. —Eva se giró hacia un hombre de mediana edad que estaba preparando el motor de la barca. Tenía rasgos inuit: ojos rasgados y piel morena. Se había criado entre Groenlandia y España y hablaba nuestro idioma.

Fueron subiendo uno a uno a la barca. De pronto, la mujer de pelo gris se levantó y dijo que lo sentía, que se volvía a casa. Salió de la barca y se fue, deshaciendo el camino hasta el aeropuerto. Lola la miraba alejarse con una mezcla de alivio y frustración.

—Son cosas que pasan —dijo Eva quitándole importancia.

Para Lola, tomar esta decisión no había sido nada fácil, aunque es cierto que las agencias ayudaban bastante —lo vendían como un triunfo y no como una derrota—. Aunque Lola no tenía muy claro cómo tomárselo. Ahora estaba más cerca que nunca de su objetivo.

Inuk arrancó. Lola se sentó a su lado. Sólo había cuatro pasajeros, Eva y ella. Lola sintió cómo el viento ártico se aceleraba y le penetraba por los poros de la poca piel que llevaba al descubierto: ojos y frente. Se ajustó aún más la bufanda roja y se arrimó más hacia Inuk para que le cortase el viento. Hacía tiempo que no sentía el frío. Le empezó a doler levemente el abdomen. Pensó que era de hambre.

—Yo no lo haré, si llega el fin que llegue, pero aún tengo esperanza. *Immaqa* —le dijo Inuk a Lola mientras conducía la barca.

—¿*Immaqa*? —le preguntó Lola.

—En inuit significa quizás, ya veremos —le contestó Inuk.

Las palabras de Inuk impactaron a Lola, que sabía que Groenlandia había estado a la cabeza de suicidios cuando el concepto de suicidio tenía sentido, porque sí que implicaba perderse un futuro. Ahora no había futuro. No podía haber suicidios. La gente, simplemente, *se marchaba*.

Eva miraba a Inuk con desaprobación. No le gustaba que interactuara con los viajeros. Podía interferir en su objetivo.

Lola podía ver ahora más de cerca los icebergs. El sol, como si fuera el gran objetivo de una cámara fotográfica, cambiaba el reflejo azul de los trozos de agua a cada segundo. Se estaban creando colores. Aún se creaban cosas.

La barca se iba acercando a la pared del glaciar. Era impresionante. Un gran bloque de agua. Simplemente agua fría. Y azul. Azul.

Inuk ató la barca al muelle y, antes de seguir, les ofreció agua y un poco de carne de foca que tenía guardada en la barca, lo poco que quedaba. Sabía a ternera y a pescado a la vez.

—Algo de fuerzas para la subida —dijo.

La carne era más fácil de conseguir en Groenlandia que la fruta. Allí no había ni un árbol. Nunca lo hubo. Aunque en España apenas quedaban tampoco. A Lola se le antojó una naranja.

Empezaron a salir de la barca. Inuk los ayudaba ofreciéndoles su brazo como apoyo. Cuando le tocó el turno a Lola, sintió cómo Inuk le preguntaba con la mirada.

—*Immaqa* —le respondió Lola en voz baja, casi al oído.

Eva repartió unos crampones que guardaban en la barca. Iban a subir hasta arriba de la pared del glaciar. Antes de comenzar, Lola se giró hacia el fiordo. Detrás de ella, en el agua líquida, desprendidos del imponente glaciar, contó hasta siete icebergs —los que alcanzaba su vista— que, como una prole, se alejaban lentamente del nido, avanzando hacia la deriva bajo la atenta mirada de su madre. Azules tan diferentes que parecían recrear siete etnias distintas. Y, sin embargo, todos provenían del mismo lugar. Y eran agua. Sólo agua[...].